

JUANITO ZOLA

Tarapacá. Ediciones el Jote Errante/ Ediciones Campvs, Universidad Arturo Prat/ Corporación Patrimonio Cultural de Chile/ Geoimagen Ltda/ Iquique. Chile. 2006. 496 págs.

El salitre por su significación histórica en el desarrollo económico de Chile (1880 – 1930+), y su alcance en las luchas sociales y organizativas del movimiento obrero chileno, fue motivo persistente en la literatura. A través de poemas, novelas, cantatas y obras de teatro, autores nacionales y extranjeros anotaron no sólo el testimonio de una época, hoy conocida entre los estudiosos como la Era del Salitre, sino una muestra de la impronta que tal período dejara en ellos, desde el poema “Las Pampas Salitreras” (1896) de Clodomiro Castro, a las narraciones de Theodor Plievier y “Revolt on the Pampas” (1937), traducida como “Rebelión en la Pampa Salitrera” (2003), pasando por Andrés Sabella y “Norte Grande” (1944), Luis González Zenteno, “Caliche” (1954), Volodia Teitelboim, “La semilla en la arena” (1957) para llegar a Hernán Rivera Letelier y “La Reina Isabel” cantaba rancheras (1994), “Himno del ángel parado en una pata” (1996), “Fatamorgana de amor con banda de música” (1998) y “Los trenes se van al Purgatorio” (2000). Denise Astoreca nos entrega “Remolinos en la Pampa” (1996), Sergio Missana “El Invasor” (1997), Roberto Castillo “Muriendo por la dulce patria mía” (1998) y finalmente Patricio Jara quien recrea de alguna manera “la pre- historia de Antofagasta” como cataloga sus dos novelas “El sangrador” (2002) y “El mar enterrado” (2005). Todos ellos aportan diferentes visiones y puntos de vista sobre nuestra tierra salitrera. Aclaro que la lista no es exhaustiva.

Iquique, durante algunos años el puerto más importante del litoral, cuenta con la primera novela del salitre, TARAPACÁ (1903), dedicada por el autor Juanito Zola, “A los obreros de Tarapacá.” En las anotaciones Iguran como editores Osvaldo “Mocho” López y Nicanor Polo, ambos periodistas. Del primero sabemos que residió en Iquique a comienzos del siglo XX. Su interés en la gesta social lo llevó a editar un “Diccionario Biográfico Obrero”, en el que solicitó a cada dirigente del país una pequeña biografía y datos pertinentes a su labor sindical. Como editor del periódico El Pueblo de Iquique, el Comité Obrero de la Pampa le solicitó que dirigiera los debates para realizar la presentación a la Comisión Consultiva del Norte (1904) de un memorial del cual se pidió a López la redacción de un folleto del que se editaron mil

ejemplares, en el cual los pampinos plantearon sus puntos de vista sobre el sistema laboral vigente.

Los editores de “Tarapacá” conocen muy bien la obra del padre del naturalismo francés Emile Zola, “Germinal” (1885), en la que presenta las condiciones laborales de los mineros del carbón y su predicamento de la novela como indagación social. De esta manera el narrador es portavoz de la realidad político-social y su registro del ambiente corresponde a la transposición literaria que caracteriza el naturalismo y la concepción utilitaria de la literatura.

Los autores de Tarapacá son los primeros en Chile y América Latina en escribir un “Germinal” a la Zola, adelantándose a Baldomero Lillo y sus narraciones de la zona del carbón, “Sub Terra” (1904). Consciente de su modelo literario, la oficina salitrera foco de interés de la narración, se llama “Germinal”, lo que en el plano metafórico apunta al despertar de la conciencia obrera pampina y a la idea implícita en Zola del alzamiento revolucionario en el mes de “germinal” (1o de abril de 1795, durante la Convención).

Tarapacá se adscribe a la técnica documental e historicista, que a la estrictamente literaria, en cuanto relata la trayectoria de personajes reales con un trasfondo sincrónico de sucesos ocurridos en la pampa salitrera, con cuyos elementos el autor representa el espacio salitrero, aunque no necesita literaturizar las condiciones de vida de los pampinos para igualarlos a la explotación de los mineros carboníferos de Zola. Por tal razón se asegura al lector que la novela “posee el mérito de tener su fuente en la verdad, y de ser escrita por un hijo del pueblo”. El autor está dentro del ámbito obrero, no fuera de él, de allí su simpatía y empatía para con ellos. De la misma manera, se inserta en el medio ambiente de la elite iquiqueña. Esta mirada doble, le otorga la perspectiva ideal para el contrapunto. No olvidemos que sólo la escritura recoge la voz del otro.

Como novela de tendencia política, busca la identificación del lector con la historia y el trasfondo de los hechos. Para verificarlos, basta recordar Iquique y la pampa salitrera del 1900, donde imperan las grandes compañías y en el puerto su secuela de corrupción, politiquería y caciquismo, el reflejo de la actividad chilena de la época, a lo que se agregan las primeras huelgas generales, la de julio de 1890 y la de diciembre/enero de 1902, dirigida por la Combinación Mancomunal de Obreros de Iquique.

En la explotación del salitre, en el plano laboral, intervenían fundamentalmente cuatro nacionalidades, chilena, peruana, boliviana y argentina. En el administrativo y de ‘management’, ingleses, yugoeslavos, alemanes, amén de los criollos. Los primeros fueron los grandes inversionistas, y atrajeron a cientos de compatriotas, obreros calificados, ingenieros, mecánicos y administradores al lejano Norte chileno. La novela rescata la memoria de todos ellos. La internacionalización a todo nivel, hace que un viajero francés, Andrés Bellesort, se refería en 1897 a los habitantes chilenos en Iquique, como “La Colonia Chilena.”

La publicación de “Tarapacá” provocó escozor en la burguesía iquiqueña de la época, al igual que “Casa Grande” (1908) de Luis Orrego Luco en Santiago, no por el tema obrero, sino por los comentarios íntimos de la clase dirigente y los nombres en clave fáciles de reconocer. El ‘establishment’ compró la edición y la novela fue sepultada en el olvido. Hernán Rivera Letelier en “Fatamorgana con banda de música” rinde homenaje a “Tarapacá”, al mencionar el narrador que el padre de Golondrina, peluquero de profesión, anarquista por ideología, Sixto Pastor Alzamora tiene consigo un ejemplar de ella.

El dinero proveniente del salitre eliminó la circulación del texto. No sabemos cuántos originales aún permanecen en algún baúl antiguo. El de la Biblioteca Nacional de Santiago que tuve en mis manos, ya no existe. De aquí el valor de esta re-edición, debido al interés del profesor Bernardo Guerrero Jiménez, quien como un viejo anticuario ha desempolvado y recuperado el discurso del salitre, al cumplirse el centenario de un texto que registra la gesta del proletariado pampino, la vida en Iquique con sus barrios e inquietudes, una amalgama que hoy es leyenda y mito, como toda verdadera historia de un pueblo.

Pedro Bravo Elizondo
Wichita State University